Tania Safura Adam (edic. y prólogo)

El color de la piel de Toro. Relatos de la España negra

Antología de relatos

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía. Notas de lectura, Reseña
Fecha de Publicación: 28/10/2026 y 11/11/2026
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

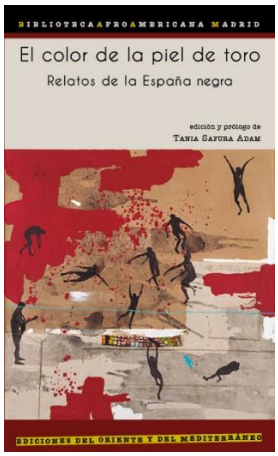
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Tania Safura Adam (edic. y prólogo)

El color de la piel de Toro. Relatos de la España negra

Madrid, 2026. BAAM. Oriente y Mediterráneo Edit.





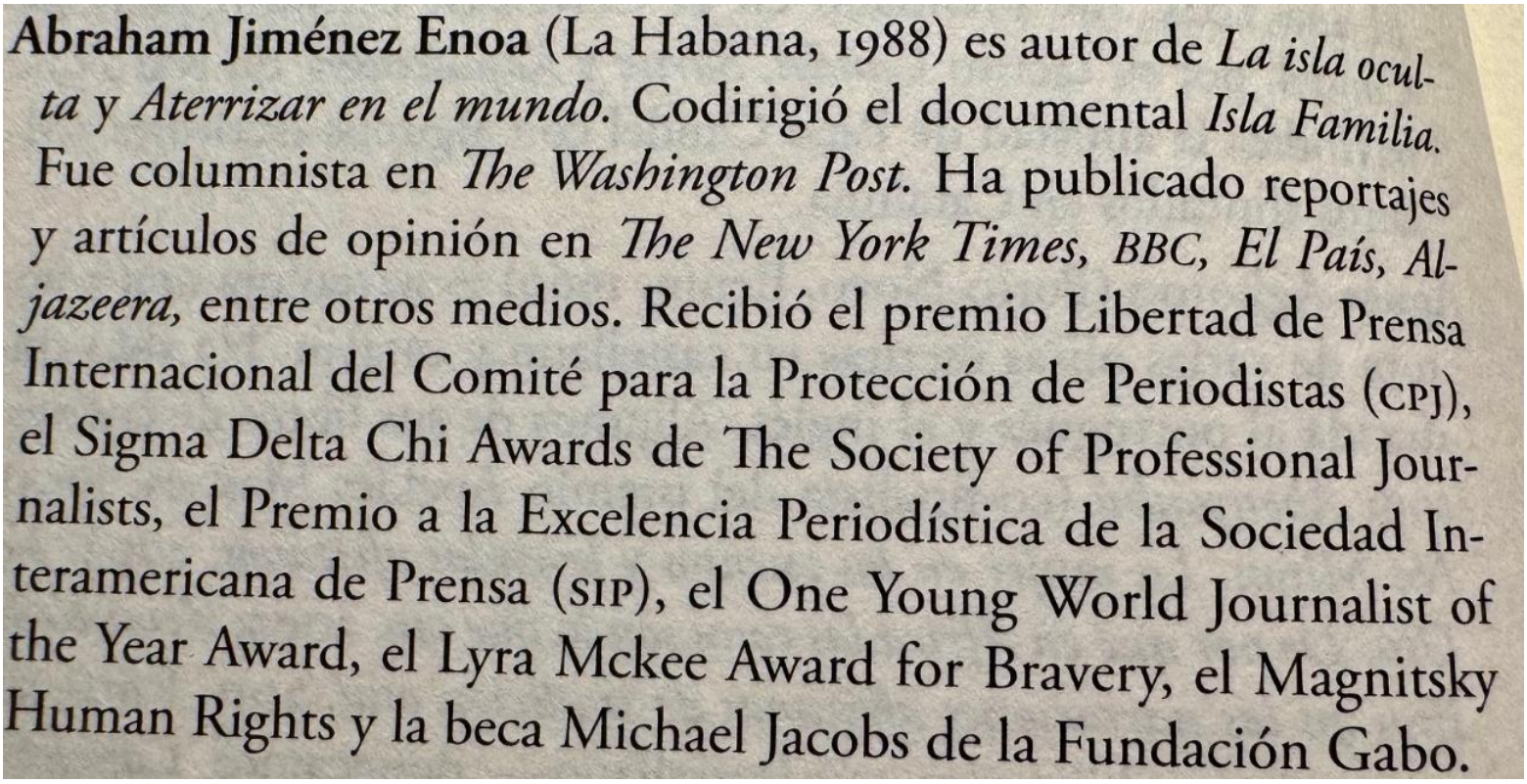
Mientras España desconozca la historia y experiencia de los colectivos que la integran, no se conocerá a sí misma. Mientras no acepte las ricas aportaciones de quienes se hallan en contacto directo con otras ascendencias e imaginarios, se privará de las mejores posibilidades de renovación. Este libro reúne a ocho voces que reflexionan, cada una desde su perspectiva y género literario, sobre el hecho de ser persona negra en España.

***

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Nada mejor que una hermosa muestra para captar el matiz postcolonial como un perfil fundamental más que una moda efímera, aplicable a esta literatura española que comienza a tipificarse como otro eje de creación literaria contemporáneo, expresión de un "hombre nuevo" y una "mujer nueva", de una nueva persona cosmopolita y actual, sin miramientos ni distorsiones, "la realidad tal cual sea, plenitud".

La narración que recogemos, de uno de los ocho autores, Jiménez Enoa en este caso, de origen cubano pero afincado en España, puede ser una muestra representativa de esta nueva literatura española que completa nuestra contemporaneidad y puede colmarla.


Abraham Jiménez Enoa (La Habana, 1988) es autor de *La isla oculta* y *Aterrizar en el mundo*. Codirigió el documental *Isla Familia*. Fue columnista en *The Washington Post*. Ha publicado reportajes y artículos de opinión en *The New York Times*, *BBC*, *El País*, *Aljazeera*, entre otros medios. Recibió el premio Libertad de Prensa Internacional del Comité para la Protección de Periodistas (CPJ), el Sigma Delta Chi Awards de The Society of Professional Journalists, el Premio a la Excelencia Periodística de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), el One Young World Journalist of the Year Award, el Lyra Mckee Award for Bravery, el Magnitsky Human Rights y la beca Michael Jacobs de la Fundación Gabo.

El relato se titula: "Mi hijo quiere ser blanco".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

MI HIJO QUIERE SER BLANCO

Abraham Jiménez Enoa

Me siento raro. Un espasmo se me coló dentro. Me tiene incómodo. Viaja del pecho al estómago. Del estómago al pecho. Sube y baja. Baja y sube. Sin cesar. No se detiene y, aunque la sensación es que solo habita en este pedazo de torso, me tiene entumido el resto del cuerpo, las manos, las piernas, como si parte de la energía de esos fogonazos se expandiera. Pero lo más insoportable es que no puedo dejar de pensar en mi estremecimiento. Mi mente no abandona la preocupación por esta angustia. Estoy compungido. No me siento yo. Estoy triste.

Mi padre me acaba de despertar. Tengo cole. Estamos solos en casa desde hace unos días. Mi madre es productora de cine y está de viaje de trabajo. Me contó que estaría en Huelva rodando una película sobre las temporeras marroquíes que vienen a España a trabajar en los campos de fresa en Andalucía. Dice mi madre que las tratan muy mal, como si fueran animales, no como personas que son. La película, creo recordar, va sobre eso: la vida de migrantes abusadas.

A mí me cuestan las mañanas. No me gustan. Por-que son aburridas. A contrarreloj hay que desayunar, asearse, vestirse. Un coñazo. Y yo soy un niño que aún no llega a los cinco años, me faltan dos meses. Como es lógico, no estoy para responsabilidades ni para exigencias. Los adultos deberían acabar de entender que, a esta edad, lo único que nosotros, los niños, queremos hacer es divertirnos. Por eso cada mañana en casa es una batalla campal entre mis padres y yo. Ellos quieren que yo cumpla con mis obligaciones. Yo quiero que ellos me dejen tranquilo, en paz. Hacer lo que me dé mi real gana.

Hoy no quiero salir de la cama. Mi padre ya refunfuña. Tiene esa expresión de frustración que se le dibuja en el rostro todas las mañanas cuando el tiempo empieza a caminar, y yo me niego a hacer las cosas que dice él que hay que hacer. Hoy ni siquiera lo miro a los ojos cuando me habla, tengo la vista perdida en la nada. Hoy ni siquiera protesto. No lloro, no grito, no lanzo objetos, no pego con mi puño en el colchón de la cama, no le doy patadas al piso, no corro para escaparme. Estoy triste.

Mi padre me saca de la cama en brazos. Me enrosco en su cuello como si yo fuese un oso perezoso. Con mis pies de cobra me amarro a su cintura. Me gusta su piel caliente, su olor. Ahora somos una misma persona. Llegamos al sofá en silencio. Mi padre no dice nada. Yo tampoco. Así pasan unos minutos. Él aprovecha y va tomando sorbos de café de su jarra azul. Cuando termina el café, me separa de su pecho y me dice que tenemos que prepararnos para llegar a tiempo a la escuela, antes de que cierren la puerta y no dejen pasar a los padres. Así podrá acompañarme hasta la clase. No me inmuto. Estoy triste.

Veo caminar a mi padre hacia la cocina. Atrapo uno de los cojines del sofá, lo abrazo y me acurruco en posición fetal. No veo a mi padre, pero lo escucho preguntarme qué quiero desayunar. No le respondo. Pues te llevaré uvas y yogur, dice. Mi padre pone el desayuno en la mesa. Aquí te espero, dice. Al rato, después de otro silencio fastidioso, me levanto del sofá. Camino hasta allí. Antes de sentarme en una silla, abrazo a mi padre. Estoy contra su pecho cinco, diez, quince, quizá más de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

veinte segundos. Mi padre me separa de él, pregunta qué me pasa. Lo miro a los ojos por primera vez en toda la mañana. Estoy triste, le respondo.

Por qué estás triste, pregunta mi padre sin imaginar lo que saldrá de mi boca. Ya sentado en la silla, mirando la mesa, masticando mi primera uva, le respondo: es que quiero ser blanco. Mi padre no dice nada. No reacciona visiblemente. Lo busco con la vista porque de pronto no lo siento, a lo mejor se levantó de la mesa. Desapareció. No, ahí está, me observa, pero parece una estatua. No mueve los labios. Tampoco las cejas, sus ojos no parpadean, no sé si respira. Las manos, que las tiene apoyadas en sus muslos, están tiesas, parecen los toboganes del parque Glorias. Sus piernas también. De su frente brota una gota de sudor que, poco a poco, deja de ser una pelota redondita y comienza a deslizarse por el costado de su cara, dejando una huella húmeda a su paso, hasta desprenderse de su cuerpo y caer al vacío e incrustarse sobre el suelo.

La gota de sudor se desintegra. Voy a tomar agua, dice mi padre. Va y regresa de la cocina a la velocidad de la luz. Adopta la misma postura de antes, la pose tobogán. Sigue congelado. Cuando termino las uvas y me paso al yogur, escucho su voz: ¿y por qué quieres ser blanco? Le explico: ayer Rai me dijo que no podía ir a la pijamada en su casa porque solo pueden ir blancos. ¿Rai dijo eso? — pregunta mi padre. Sí, respondo. Aunque ese no es solo el problema, pienso, y no sé si mi padre, que es negro como yo, también notará que el asunto trasciende la pijamada. Porque al final, me da igual ir o no. Ese no es el meollo del asunto.

Y es que todo es blanco fuera de nuestra casa. El mundo en el que vivimos es blanco. En mi clase de treinta y cinco niños, solo tres no son blancos. Y todas las profesoras de la escuela son blancas. Las profes son más cariñosas con los blancos. Y los personajes de los libros que nos leen, son blancos. Y cuando nos llevan a los museos, nos atienden blancos. Son blancos los personajes de las pelis. La mayoría de la gente que anda por la calle, los que van en coches, en motos, son blancos. Son blancos los bomberos, los policías. Son blancos los que salen en la tele. Son blancos los niños que aparecen en los anuncios de las tiendas de juguetes. Los únicos negros que veo son los amigos de mis padres y las personas que van por las calles empujando los carritos de chatarra.

El yogur está riquísimo. Está frío, viene muy bien para el calor. Creo que ese frescor me puede aliviar un poco el malestar del pecho con el que desperté. Trago una cucharada e intento contenerla en la garganta. La sensación es deliciosa. Estoy centrado en sentir cómo el yogur se mezcla con mi fastidio, cómo pelea contra él. Mientras, de fondo, escucho a mi padre hablar. Me ha-bla a mí que, aunque de vez en cuando lo miro de reojo para que no piense que no le estoy prestando atención, no estoy siguiendo el hilo de sus palabras. Porque estoy triste. Porque estoy concentrado en sentir el yogur frío. De todos modos, me llega el eco de algunas de las frases que encadena mi padre. Algunas palabras sueltas. Con ellas puedo hacerme una idea de lo que me está diciendo. Esta disertación me es conocida. No me es ajena. La conozco porque a cada rato me toca escucharlo hablar sobre esto. Podría decir que este es el tema de mi padre, lo que más le interesa y en lo que más me insiste. Es incisivo, quisquilloso, un obseso. Tienes que estar orgulloso de ser negro, dice mi padre. Y me pregunto porque no se borra el muñeco feo que lleva tatuado en la parte interior del bíceps izquierdo de su brazo y se tatúa esta frase. ¡La repite tanto! ¡Tanto, tanto! Ahora que lo pienso, a lo mejor por eso me ha comprado muñecos negros y se sienta conmigo los fines de semana a ver pelis que busca él, donde hay gente que no es blanca. Ninguno de mis amiguitos de la escuela ha visto esas pelis. Les cuento de que van, y no conocen sus historias ni a los personajes. Ellos tampoco antes habían visto juguetes como los míos. Soy el único que tiene muñecos negros en la clase.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Aún me queda un poco de yogur, y mi padre ha añadido otros orgullos que, a partir de este preciso instante, tendré que portar conmigo. Dice que también soy cubano y que tengo que estar orgulloso de serlo. Que soy migrante, latino, unas cosas que no sé muy bien que significan, pero de las que me tengo que sentir también orgulloso.

Mi padre me cuenta algo nuevo camino a la escuela. Este cuento no me lo había explicado nunca. Él me había contado la historia de por qué vivimos en Barcelona, si los tres, mi madre, él y yo, nacimos en Cuba. La historia de por qué mi madre y yo podemos visitar Cuba y él no. Es una historia que no me gusta porque cuenta que unos malvados en Cuba querían capturar a mi padre para encerrarlo en la cárcel. Porque mi padre cuenta historias, ese es su trabajo. Y en Cuba incomodan los contadores de historias. Por eso los persiguen para atraparlos y hacerles cosas malas para que dejen de contar historias. Y luego los encierran en lugares de donde no pueden salir o los botan del país, que es lo que le hicieron a mi padre.

Ahora mi padre me cuenta por qué nacimos en Cuba. Quiénes eran los padres de los abuelos de mis abuelos. De dónde venían, dónde nacieron, cómo llegaron a la isla. Es una historia de gente negra, por eso mi padre y yo somos negros. La historia es mágica. Pero mi padre la interrumpe. De manera abrupta me explica que es mejor doblar por esta esquina que habrá menos sol que por nuestro camino habitual. Es inaudito que cambiemos el camino a la escuela. Llevamos dos años ca-minando las mismas seis cuadras, por la misma acera. Mi padre me pone su mano en la espalda, conduce mi cuerpo hacia adelante. Guía la nueva ruta. Lo veo nervioso, mira para atrás. Me detengo, lo imito. Delante de la panadería donde a veces compramos *brioches*, tres policías rodean a un hombre negro que tiene sus manos apoyadas contra el cristal de una patrulla. Luego le colocan sus manos detrás de la espalda, lo esposan, lo introducen en la parte trasera de la patrulla. Aparte de nosotros, es el único hombre negro que he visto esta mañana en la calle.

Hoy mi padre se ha quedado un rato más en la clase. Las madres y los padres pueden hacerlo. Ellos pue-den quedarse a acompañarnos hasta las nueve y diez. Las puertas las abren a las nueve, así que tenemos diez minutos para dejar las mochilas, la merienda y para que nuestros padres nos acompañen un ratico, de esa forma no es tan brusca la quedada. Ese tránsito de la casa al aula.

Noto que mi padre está pendiente de la profesora Mónica. No deja de mirarla. Yo estoy enseñándole unos dibujos que hicimos ayer, que están colgados en la pared, pero mi padre casi no me atiende. La profesora habla con una madre. Cuando termina el diálogo, mi padre me abandona. Me quedo hablando con Elna, con Martí, con Jan, sin perder de vista a mi padre.

Mi padre le habla a la profesora Mónica. La profe-sora Mónica a su vez me observa a mí. Mi padre mueve sus manos, siempre lo hace cuando intenta explicar algo. La profesora está seria, muy seria. No me gusta que mi padre hable con las profesoras. Quiero que se vaya.

Rai con su padre entran a la clase. Ambos se ponen a dibujar en una mesa. Después que termina de hablar con la profesora, mi padre se dirige a ellos. Toca al padre de Rai por el hombro. Le dice algo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Después le hace una seña, creo que significa que lo esperara afuera de la clase. Mi padre me da un beso. Me desea que tenga un bonito día. Me quedo con su olor en mi nariz.

***

1866, San Felipe de Cumanayagua, Cuba.

Por fin Luis puede desabotonarse el traje. El día ha sido angustioso. Más largo de lo habitual. Lo habitual son alrededor de dieciocho horas de trabajo. Hoy han sido veintidós. Así es cuando los amos tienen visita en casa.

En algún momento pensó que dejaría de respirar. Por el cansancio. Por sentirse asfixiado dentro de la ca-misa blanca, del saco negro, de los pantalones negros, de los zapatos negros de piel. Por el lazo negro que le estrangulaba el cuello. Por el calor. Por la sed. Por el hambre. Por tener que fingir ser una estaca humana amable que solo abre la boca para ofrecer y servir al señor y la señora y sus invitados. Por estar presente, pero estar obligado a parecer invisible.

Luis entra en su cuartucho minúsculo pasada la medianoche. En el piso, encima de sus colchones de paja, ya duermen sus compañeros. Son cuatro sirvientes al igual que él que hoy han tenido la suerte de descansar antes. Como un equilibrista va colocando los pies entre cada uno de ellos para sortearlos por encima sin despertarlos. Llega a su sitio. En la habitación solo hay espacio para los cinco colchones de paja. Para nada más.

Luis recoge su palangana metálica, la única propiedad que posee, que siempre deja sobre su colchón. Y vuelve a salir de la habitación sorteando a sus compañeros con zancadas. Camina hacia uno de los patios traseros de la casa.

El sudor corre por todo su cuerpo como una casca-da. En las heridas que tiene en la espalda, unos rayones profundos y alargados que parecen haber sido provoca-dos por las garras de un tigre, se quedan almacenadas lagunas de sudor. Tiene calambres en los pies, en las manos. La cabeza le quiere reventar de dolor. Se desnuda. La ropa la lanza a su costado. Sin utilizar sus manos, con los pies, se saca los zapatos. Con el derecho, el izquierdo. Con el izquierdo, el derecho. Los calcetines sangran. Tiene heridas en carne viva, ampollas hinchadas como globos, cayos más duros que el caparazón de una tortuga. Cojeando se acerca a un grifo que está clavado en la tierra. Atiborra la palangana de agua. Sus pies se hunden en el fango. Carga la palangana con la poca fuerza que le queda y se mueve hasta huir de la tierra resbaladiza. Siente que puede desfallecer.

Luis coloca sus pies dentro del agua fresca. Deja caer su cuerpo en la hierba que está mojada. Hace unas horas llovió. Posa la mirada en la negrura de la noche, el cielo repleto de punticos plateados que chispean. A lo lejos escucha el murmullo generado por unas herraduras de caballos que estallan contra la tierra y que se mezcla con el chillido metálico de unas ruedas. Es el coche de los invitados de los amos, que aún está cerca, no han salido de la calle de tierra de la Hacienda.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El cuerpo frío de un sapo despierta a Luis. Se ha posado en su tabique. Vaya susto. Pensó que uno de sus amos lo despertaba. No sabe cuánto tiempo cerró los ojos. ¿Qué hora será? ¿Faltará poco para el amanecer?

¿Podrá descansar un rato más en su colchón de paja? No sabe. Se percata que la palangana no tiene agua. Quizá la vertió sin querer, cuando el sapo lo despertó. Pero no importa. Siente que sus pies están menos hinchados y más livianos.

La luz amarilla de una farola, que cuelga en una pared exterior de la casa, parpadea. Luis, soñoliento, sentado en la hierba, la observa. Toma fuerza para levantarse. Recoge del suelo la camisa blanca, los pantalones negros, el saco negro, los calcetines ensangrentados y los zapatos negros de piel. Se encorva para colocarlos dentro de la palangana. Regresa a la casa de sus amos arrastrando los pies como un muerto vivo.

Antes de ingresar al interior, se voltea, mira hacia el cañaveral y piensa: mañana será el día definitivo.

Empuja una puerta de madera que a la altura de su rostro tiene una insignia. Todas las puertas de esta casa llevan tallada esta misma imagen. También está en la entrada del lugar en un cartel al inicio del camino, allá por donde ahora debe de ir el coche de los invitados de los amos, que se han marchado hace un rato después de beber y comer y sentirse atendidos por Luis desde el inicio de la tarde hasta la medianoche. La figura es un escudo dorado. Los laterales son unas columnas con ramificaciones que encima tienen el casco de un caballero medieval, al centro una bandera amarilla con una franja verde con dos pequeños olivos en diagonal, arriba y abajo, verdes también. Todo sobre una banda que lleva el nombre de los amos: Olivella. Un matrimonio catalán que vive desde hace dos décadas, en el centro de la isla.

La casa de los Olivella está en penumbra. Hay silencio. Parece que el señor y la señora se han ido a la cama ya. Deben de estar durmiendo plácidamente en sus sábanas de seda. No les debe de haber costado el sueño después de tantos tragos de ron, después de fumar tan-tos puros y hacer una reposada digestión.

Todos los quinqués están apagados, excepto uno que hay en el comedor, y otro en la cocina. Luis, con extremo cuidado, deja la palangana con su ropa en el piso del comedor. No quiere hacer ruido. Va en puntillas. Con sus manos agarra el quinqué de la cocina y enfila, como si fuera un fantasma, por un pasillo que lo lleva al cuarto donde duerme el capataz de la Hacienda, el guardián y látigo de los esclavos. Luis lo observa roncar desde la puerta. El hombre está deshecho sobre un colchón de guata que es el triple de gordo que los de paja de los sirvientes. Al costado de la cama hay una botella vacía de aguardiente. Duerme con ropa. Borracho.

El pasillo es más largo. Y Luis sigue hasta el fondo. Abre otra puerta y se queda contemplando diez cuerpos negros amontonados, un manojo de piernas, brazos, te-tas. La imagen parece un pulpo gigante, un monstruo marino, pero son las cinco sirvientas de los amos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Luis se agacha. Busca con la vista entre los cuerpos dormidos. Algún brazo se mueve. Se escucha un bostezo. Apaga el quinqué de un soplido. Ahora no ve absolutamente nada.

Deja que sus ojos se adapten a la oscuridad. Cuan-do los cuerpos comienzan a retornar a sus siluetas, divisa una cicatriz inconfundible en un rostro. Encontró lo que buscaba: Nereida. Su amor.

Nereida no se llama Nereida. Luis no se llama Luis. Solo ellos saben sus verdaderos nombres. Luis y Nereida son nombres que escogieron sus amos para cristianizar los, el señor y la señora Olivella, cuando los compraron en el puerto de la provincia de Matanzas. Luis y Nereida no han confesado jamás a nadie como se llamaron. Una declaración de principios: blanco, no podrás llevarte todo de mí.

Ellos fueron los dos últimos sirvientes que llegaron a la Hacienda, hace tan solo dos años. Aquel día en Matanzas, a los Olivella les parecieron los cuerpos más hermosos y fuertes dentro del grupo de personas que estaban exhibiendo de manera clandestina para su venta. Así que pagaron por ellos, aunque supiesen que la trata esclava ya era ilegal en todo el territorio español y sus colonias en las Américas.

El capataz y dos secuaces los transportaron de Ma-tanzas a San Felipe de Cumanayagua escondidos en un carretón de caballos: dentro de dos barriles de madera tapados por una tela gruesa. No los destaparon hasta que las ruedas metálicas del coche se adentraron en el camino que conduce a la Hacienda Olivella, casi dos días después de iniciar la ruta. Durante el trayecto no les dieron comida, ni agua. Estaban casi muertos cuando los tiraron en un barracón junto a la decena de hombres y mujeres que se encarga de trabajar los campos de azúcar de la familia. En el barracón pudieron hablar por primera vez.

Tenían muchas ganas de hacerlo. Vivieron una inexplicable explosión de encanto en el barco que les cruzó el océano Atlántico, de África a las Américas, y los depositó de manera forzada en una tierra desconocida, Cuba. Allí se conocieron. Desperdigados por el suelo, quemados por el sol y el salitre, con grilletes en los pies y las manos, con las cabezas rapadas en contra de sus voluntades, casi sin alimentos ni agua, rodeados de orina y heces. Se divisaron a lo lejos. Él estaba en un extremo del barco, ella en el otro. Estuvieron acariciándose, dándose clemencia y compasión, con sus ojos en la distancia durante las ocho semanas que duró la travesía en el mar.

Él había sido raptado por un escuadrón de sanguinarios mercenarios españoles que asaltó su pueblo en Benín. Ella, por otro grupo de sanguinarios mercenarios que arrasó con parte de los pueblos del suroeste de Nigeria secuestrando personas. Ambos crecieron en aldeas yorubas.

Tuvieron la dicha de enamorarse antes de que los Olivella los bautizaran Luis y Nereida, nombres blancos, para enterrar los nombres negros, los nombres africanos, sus identidades.

La belleza de estas dos personas, los rasgos ampulosos de sus rostros, la definición de sus músculos, la piel lisa y negra carbón, provocó que los Olivella quisieran tenerlos en casa para mostrarlos ante sus invitados como trofeos de nobleza. Los amos alguna vez dijeron: estos son los negros más hermosos del África, los menos negros entre los negros. Por eso solo durmieron en el barracón unos días. Los

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

días que les tomó recuperarse del desfallecimiento físico derivado del viaje dentro de los barriles de madera. Y pasaron a ser esclavos «privilegiados», sirvientes de la Hacienda.

Luis toca con las yemas de sus dedos la cicatriz del rostro de Nereida en la oscuridad. La acaricia suavemente. Ella abre los ojos de súbito: encuentra la sombra de un hombre. Intenta gritar, pero Luis le tapa la boca.

Soy yo, soy yo, tranquila —le dice—. Suuuuuu, responde Nereida. Habla bajo, sugiere. Y propone salir del cuarto de las mujeres.

—Pero: ¿y el niño, dónde está Bartolo? —pregunta Luis desconcertado.

—Está donde los demás, desde hoy tendrá que dormir con el resto de los niños. Eso me ha dicho esta tarde la señora. Dice que ya tiene cuatro años, que es grande y que tendrá que comenzar a entender cuáles son sus obligaciones —responde Nereida.

—Salgamos de aquí. No hagas ruido. Sígueme.

—¿A dónde? Los amos se acaban de acostar, el capataz debe estar despierto aún…

—Sígueme. Hazme caso.

Dos sombras atraviesan el pasillo con las manos entrelazadas. Delante va Luis que guía a Nereida hasta el patio trasero, donde estaba él hace un rato. En la intemperie, descalzos, se abrazan. Se huelen. Se besan. Hacen el amor.

Están desnudos sobre la hierba mojada repletos de placer. Sus cuerpos experimentan una sensación a la que ya no están acostumbrados, les sabe ajena, lejana.

—Si Bartolo no estuviese durmiendo adentro, podríamos salir corriendo hacia el cañaveral en este instan-te —piensa Luis en voz alta.

—Imposible. Los perros nos despedazarían. Además, mira allá, la cabaña del guardia de la puerta del camino está encendida, nos freiría a balazos.

—Sabes, todos los días pienso en una idea estúpida: si nos hubiésemos conocido en nuestra tierra, si Bartolo hubiese nacido allá, a lo mejor ahora no estuviéramos aquí. No nos hubiesen obligado a cruzar ese mar gigante y pesado, no hubiésemos llegado a este mundo desconocido.

—No lo sé. La única manera de salvarnos, hubiese sido saber que estos animales venían a por nosotros. Y así nos hubiésemos escondido monte adentro. Nos hubiésemos alejado de los pueblos del centro. No debimos quedarnos en nuestras aldeas. No debimos pelear. No tenía sentido: ellos armados hasta los dientes, nosotros armados con convicciones.

—Ashé.

—No tiene sentido pensar en lo que pudo ser.

—Por eso tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—He decidido que voy a escapar mañana.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—¿Acaso estás loco? Mira lo que sucedió la semana pasada. A todos los mataron. No llegaron ni siquiera a salir del cañaveral. Amén, yo no estoy en condiciones de exigirle a mi cuerpo una aventura de ese tipo. Estoy machacada. Cada vez me siento peor. Nos capturarán y nos matarán junto con nuestro hijo. No podemos hacerle eso a Bartolo.

—No se lo haremos. He pensado en todo lo que dices. Lo mejor es ir yo delante. Escapar solo. Y luego venir a por ustedes.

—¿Nos dejarás detrás? ¿A dónde irás? ¿Cómo nos sacarás de aquí luego?

—No los dejo. Saldré precisamente para eso: para armar un plan y sacarlos de este infierno. A ti y a mi hijo. Nereida levanta su cuerpo de la hierba. Camina hacia la oscuridad. Se pierde en ella. Luis no sabe hacia dónde ha ido, pero se queda acostado. Cierra los puños con fuerza.

Varios minutos después, Nereida regresa. Toma a Luis de la mano, le pide que se levante.

—Es tarde, vamos adentro.

—¿A dónde fuiste? —pregunta Luis.

—A pensar.

En la cocina se abrazan. Ahora es Nereida quien va delante guiando a Luis que no sabe muy bien a dónde lo llevan. Entremos donde los niños y recemos por ti y por nosotros ante los pies de Bartolo —dice Nereida.

Un colchón de paja para tres niños negros. Duermen desnudos para palear el calor. Bartolo, el más chiquito, está en el centro. Delante de su cabecita, sus padres colocan el quinqué de la cocina de los amos. Se disponen a rezar, pero Nereida le pide a Luis que aguarde un instante, que irá a su habitación a buscar a su padre.

Nereida vuelve con un pequeño cartoncito con la efigie de San Lázaro.

—Aquí tengo a papá Babalú Ayé— dice. Lo coloca delante del quinqué. Luis y Nereida se arrodillan, con la frente de sus cabezas apoyadas en el suelo, con sus manos entrelazadas delante de la luz.

—Papá, protégenos, ayúdanos, para poderte llamar por tu nombre, padre Babalú Ayé. Para no esconderte más y no disfrazar tu grandeza, tu misericordia, tu poder. Perdónanos, a nosotros tus hijos, por llamarte Lázaro. Tú bien sabes que lo hacemos para no olvidarte, ni a ti, ni a nuestra tierra, nuestros muertos, nuestros hermanos.

—*Jekua Baba, Jekua Babalú Ayé. Aña ni orisha. Aña ni owo. Aña ni owo. Babalú Ayé. Awo, awo, awo. Mafere-fun Babalú Ayé.*
—Salve Padre, Salve Babalú Ayé.

—Ashé, bondadoso Babalú Ayé, que tu atención y manto siempre estén con nosotros en los momentos malos y buenos.

—Ashé, papá. Que nos mantengamos vivos, fuer-tes y unidos, sobre todo, unidos, que seamos hasta el final de nuestros días una familia. Y que como familia podamos regresar algún día a nuestra tierra, a la libertad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—Con esta oración te quiero honrar, papá. Orisha morado, Orisha mío, Orisha de todos.

Los rezos despiertan a Bartolo. Que abre los ojos sin mover su cuerpo. No quiere molestar a sus padres ni que ellos sepan que él los observa. La imagen se le quedará grabada para siempre al niño, que ve a sus padres encorvados, sudando, convulsionando con cada rezo. Bartolo no lo sabe en ese momento, pero será la última vez que verá a sus padres juntos.

Luis escapa de la Hacienda Olivella la madrugada siguiente. Después de la huida, la única noticia que reciben Nereida y Bartolo es que el capataz y sus hombres no pudieron darle caza. Nereida pasará el resto de las noches de su vida esperando a que Luis la despierte para escapar con su hijo. Sueña una y otra vez con esa escena. Una escena que luego se convertirá en pesadilla, pues jamás Luis regresará.

—Hijo te tengo que contar dos cosas importantes antes de marcharme con nuestros hermanos que ya están en la otra vida —le enuncia Nereida a Bartolo, que ya tiene diez años.

La mujer está acostada en su colchón de paja. Está tan caliente que su piel quema.

—Madre, no seas pájaro de mal agüero.

—Escúchame. La primera es que tienes que tener fe en que algún día te reencontrarás con tu padre. Prométemelo.

—Te lo prometo, madre.

—Y dos: si algún día sales de este lugar y eres libre, lo primero que tienes que hacer es ir a una iglesia y darle las gracias a San Lázaro.

—Pero madre, si algún día soy libre no tendré que esconder más a papá Babalú en San Lázaro.

—Hijo, hazme caso, papá Babalú Ayé entenderá.

Prométemelo, anda.

—Te lo prometo, madre.

Esa noche, seis años después de la fuga de Luis de la hacienda Olivella, muere Nereida. Catorce años más tarde, en 1886, España decreta la abolición de la esclavitud en Cuba. Bartolo es hombre libre. Lo primero que hace es viajar al poblado Rincón, en Santiago de las Vegas. Entra en la única iglesia que venera a San Lázaro en toda la isla, enciende una vela de cera en el altar y reza por sus ancestros, para que descansen en paz.

***

La única hija de Bartolo nació el 17 de diciembre, día de San Lázaro. La llamó Lázara. Mi bisabuela.

***

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—*Bona tarda. Ets el pare de Theo?*
—Sí, diga.

—*Miri, truco de l'escola del seu fill. La professora Mònica i Laura, la coordinadora d'infantil, volen saber si podeu venir aquesta tarda a les quatre. Es volen reunir amb vostè.*

—Sí, por supuesto, puedo. Dígale que nos vemos a las cuatro en la escuela.

—*Moltes gràcies.*
—A usted.

Después de la llamada no puedo seguir trabajan-do. Quedan tres horas para las cuatro, pero me resulta imposible concentrarme. ¿Cómo estará Theo? ¿Habré hecho bien en hablar con las profesoras? ¿Se habrán molestado las profesoras con mi denuncia? ¿Le tomarán manía a Theo ahora? ¿Theo se sentirá cómodo con lo que he hecho? ¿Estará molesto conmigo? ¿Con el mundo? ¿Con la vida? ¿Con Barcelona? ¿Con España? ¿Con los blancos? ¿Con los negros? ¿Sabrá que esto lo hago por ayudarlo, por acompañarlo, por defenderlo, por principios, por moral, por orgullo, por dignidad? ¿Quedará dañada para siempre su identidad, su autoestima, su alma? ¿Se habrá enterado ya, tan temprano, de que este mundo a donde lo hemos traído, su madre y yo, es una puta mierda? Un mundo racista.

Las tres horas son una eternidad.

En la escuela me abre la puerta la recepcionista. Le explico que tengo una cita con la profesora Mónica y Laura, la coordinadora de infantil. *Jo vaig ser qui el va trucar, endavant* —responde la mujer y me pide que me siente en el salón de espera del *lobby*.

Minutos después llegan Mónica y Laura.

—*Gràcies per acceptar venir avui mateix* —comenta Laura. Me indica que pasemos a un cubículo de reuniones. En el espacio del costado hay otra profesora con dos padres. Los tres tienen cara de perros, están incómodos, molestos.

—A ustedes.

—*Seu.*
—¿En esta silla?

—*En la que vulguis.*
—Anjá.

—*Bé, t'hem trucat per donar-te resposta al que ens vas manifestar aquest matí* —dice Mónica—. *No volíem que passés el dia d'avui sense donar-te resposta.*
—Muchas gracias. Porque para nuestra familia es muy importante el apoyo de la escuela.

—*Hem fet una intervenció a l'aula.*
—Perdona: ¿qué significa una intervención?

—*Significa que hem parlat amb el grup sobre els fets.*
Que ho hem abordat perquè no torni a passar.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—Anjá.

—*En aquesta intervenció Rai va reconèixer haver verbalitzat el que Theo va explicar.*
—Es bueno saber que Rai reconoció lo que dijo y que no es un invento de Theo.

—*Exacte. A més, parlarem amb la família Olivella.*
—¿Ese es el apellido de Rai?

—Sí.

—¿Me lo puede repetir, por favor?

—Olivella.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6